

de cerca los acontecimientos y, aunque no muy favorable a la política de la Curia romana, le tenía despechado el tener que representar un papel que le obligaba a guardar silencio ó á mantener indignos equívocos. Escribió confidencialmente al ministro de Negocios extranjeros: «Las circunstancias que han rodeado á la agresión piamontesa son de tal naturaleza que justifican perfectamente una oposición armada (1).» Dominado por estos pensamientos, acogió con gran satisfacción el despacho de Thouvenel y no perdonó medio de propalarlo. Al divulgarlo, no lo modificó como el Sr. de Mero-de, pero no resistió al deseo de aclararlo un poco, añadiéndole esta frase: «El emperador no tolerará la culpable invasión de los Estados pontificios por el gobierno piamontés.» Así telegrafió en 12 de septiembre al cónsul de Francia en Ancona. Con lo cual se mostró más leal caballero que cortesano perspicaz. Lo que pasó entonces es curioso. El cónsul de Francia, Sr. de Courcy, contento de una intervención que le parecía asegurar la suerte del Padre Santo, corrió á casa del Sr. de Quatrebarbes, gobernador de Ancona, y le enseñó el despacho telegráfico (2). Ambos pensaron que tal información, transmitida á las vanguardias piamontesas, podría sembrar entre ellas una saludable incertidumbre. Un empleado del consulado llevó á escape una copia del telegrama al general Cialdini, quien se limitó á acusar recibo; como el empleado osase insistir, aseguran que el general le interrumpió, diciéndole: «Basta; sé á qué atenerme; hemos visto hace quince días al emperador en Chambéry.» Al anunciar, el día siguiente, este incidente á Cavour, Cialdini añadió: «Continúo mi marcha; esta noche estaré en Sinigaglia.» Y Cavour replicó aquella misma tarde: «Habéis hecho muy bien en no deteneros. Continúa vuestra ruta y apoderaos de Ancona lo más pronto posible.» Aquel mismo día, el primer ministro escribió al general Fanti: «Los jefes de las legaciones y al frente de ellos el de la legación francesa se agitan y protestan; pero el rey y sus ministros no se inmutan. Lo que importa es obrar pronto: *L'importante è di far presto* (3).»

El jefe de la legación francesa que, según la expresión de Cavour, «dirigía las protestas de la diplomacia,» era el Sr. de Talleyrand. Este había recibido, en 10 de septiembre, un despacho oficial muy enérgico, que no se dejó de insertar más tarde en el *Libro amarillo*. Tenía orden de declarar que toda relación diplomática cesaría con el gobierno de Turín, si éste persistía en sus propósitos. Cavour contestó con una negativa: «Si no llegamos á la Católica antes que Garibaldi, estamos perdidos. La revolución invade toda la Italia; nos vemos obligados á obrar (4).» Así habló el primer ministro, que ya había puesto sus designios en vías de ejecución, pues sus soldados atacaban entonces el pueblo de Pésaro. El castigo no se hizo esperar. He aquí en qué consistió: el rey Víctor Manuel tenía cerca de él un ministro acreditado llamado Talleyrand; á partir del 14 de septiem-

(1) *Le Secret de l'Empereur*, pág. 200.

(2) Carta del Sr. de Quatrebarbes, ex gobernador de Ancona, 31 de octubre de 1860.—Véase también *Souvenirs du Siège d'Ancone*, por el Sr. de Quatrebarbes, págs. 114 y siguientes.

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, págs. 597 y 598.

(4) *Livre jaune*, 1860, págs. 161 y 162.

bre, no tuvo más que un simple secretario encargado de los negocios, llamado Rayneval. «Nos reñirán sin duda, pero no mucho,» había pronosticado Cavour. «Francia enseña los dientes, escribía en aquella época un observador atento de la política, pero ignoro si son los dientes oficiales.»

Los piamonteses avanzaban á través del territorio pontificio con una rapidez mayor que la empleada por el Sr. de Talleyrand en alejarse de Turín. En la capital piamontesa nadie creía en el castigo. En Roma, cada día quitaba una ilusión á los que persistían en fiar de la sinceridad del emperador. Dejándose dominar por el sentimiento de reprobación que reinaba cada vez más en la sociedad romana, el duque de Grammont escribía: «No hay que hacerse ilusiones; nunca habíamos sido juzgados tan severamente como lo somos hoy. Quizás no veis eso en París con la misma claridad que puede verse fuera, pero la verdad es que no hay nadie que no esté enteramente convencido de nuestra *complicidad* con los piamonteses. La retirada del Sr. de Talleyrand no ha producido ningún efecto; estaba prevista, y eso había de formar parte de la *mise en scène*.» Por lo que á mí toca, no puedo expresaros hasta qué punto sufro por el emperador y por mí á consecuencia de esa atmósfera de repulsión y de desprecio que empieza á subir en torno nuestro.» Y continuaba en estos términos: «Si el señor de Goyón llega con instrucciones que deslignen nuestra solidaridad, le recibiré como nunca recibí á mi mejor amigo; pero si hemos de continuar la misma facción, me verá reducido á ocultarme (5).» Mientras tanto, el emperador desembarcaba en Argel, y ¿de qué se le había de hablar ya sino de los asuntos árabes? Thouvenel partió el 14 de septiembre para ir á pasar unos días en el campo, dejando encargada la gestión del ministerio al director de la política, Sr. Benedetti, el cual se apresuró á anunciar que «la retirada del Sr. de Talleyrand había producido en San Petersburgo y en Berlín el más excelente efecto (6).»

Volvamos á Lamoricieri. Ni la misma guerra con la derrota era más dolorosa que aquel embrollo. El plan de Lamoricieri, ya lo hemos dicho, era concentrarse en Ancona. Desde Espoleto, punto de su cuartel general, fueron expedidas inmediatamente sus órdenes. Disponía de cuatro brigadas, á saber las de Schmid, Courten, Pimodán y otra de reserva, bajo sus órdenes directas. Dejó tres batallones de la brigada Schmid en las cercanías de Perosa, confió á un destacamento de trescientos irlandeses la guardia de Espoleto, conservó algunas otras pequeñas guarniciones y dirigió hacia Ancona el resto de sus fuerzas. Llegar á Ancona era relativamente fácil para el general Courten establecido en las Marcas á diez ó doce leguas solamente de la ciudad: llegó allí el 13 con una de sus columnas, y la otra, al mando del coronel Kanzler, se le reunió en la noche inmediata, después de haber librado á los piamonteses un brillante combate. Pero para la brigada de reserva acampada en Espoleto y para la brigada Pimodán acampada aún más al Sur, en Terni, la distancia á recorrer era de treinta y cinco á cuarenta leguas, lo que daba á los sardos grandes probabilidades de cortar el camino y derrotar

(5) Véase el *Secret de l'Empereur*, págs. 210 y 211.

(6) Despacho del Sr. Benedetti al duque de Grammont, 16 de septiembre (*Le secret de l'Empereur*, págs. 202-203).

á sus adversarios. Lamoricieri se encontraba el día 12 en Foligno, el 13 en Tolentino, el 15 en Macerata y el 17 se hallaba establecido en Loreto, donde se le juntó por la tarde Pimodán con su brigada. En el camino habían tenido noticia de la rendición de Pésaro, que había capitulado después de una valerosa defensa. Además la Umbría estaba ya casi perdida, pues Perosa, á pesar de su numerosa guarnición, se había sometido sin resistencia, y otro tanto había hecho Orviato. Afortunadamente, de Loreto á Ancona la distancia no era más que de seis á siete leguas, y hacia Ancona volaban todos los pensamientos.

Pero ¿se llegaría á ella? El 11 de septiembre, los piamonteses, al mando del general Fanti, había pasado la frontera en dos cuerpos, de una fuerza total de treinta y tres mil hombres. Mientras el general Della Rocca se hacía dueño de la Umbría, Cialdini, con sus tres divisiones, se había internado en las Marcas. Informado de la presencia de los pontificios en Tolentino y en Macerata, había adivinado el plan de Lamoricieri. Al Norte de Loreto corre un río llamado el Musone, y en su ribera izquierda se extiende una línea de promontorios en que descansan el pueblo de Castelfidardo y, á su extremo oriental, las granjas conocidas con el nombre de Crocette. Las dos carreteras principales de Loreto á Ancona, una por Osimo y la otra por Camerano, pasan por dichos promontorios. En 16 de septiembre, Cialdini había mandado reconocer aquellas alturas, y, al día siguiente, las había ocupado haciéndose fuerte en ellas. Tenía sobre sus adversarios todas las ventajas, las del número, de la disciplina y del armamento. Las dos brigadas pontificias formaban un efectivo de unos cinco mil hombres escasos. Atacar de frente las posiciones sardas hubiera sido una locura. Y todo estaba perdido si no se llegaba á Ancona. He aquí de qué modo utilizó Lamoricieri la única probabilidad de salvación que le quedaba.

Además de las dos buenas carreteras de que acabamos de hablar, existía otro camino que vadeaba el Musone; sólo estaba empedrado á trechos é interrumpido en varios puntos; pasaba por el pueblecito de Umana y conducía á Ancona por el litoral. Este camino, á pesar de ser tan poco cómodo, sobre todo para los carros y bagajes, era el único que permitía sustraerse en parte al enemigo. Digo en parte, porque aun siguiendo esta dirección, no podía evitarsele del todo. Al vadear el Musone, se hallarían al alcance de la extrema izquierda de los sardos que ocupaban las últimas estribaciones de las alturas y habían apostado parte de su infantería en torno de las Crocette. Era necesario que una tropa dispuesta al sacrificio hiciese retirar á los piamonteses ó los contuviera al menos mientras vadease el río el resto del ejército. Lamoricieri reservó esta misión al general Pimodán, que era doblemente digno de ello por su propio valor y por el valor de una parte de sus soldados.

La acción estaba señalada para el 18. La víspera se pasó en los mayores apuros. Las tropas, aún no agueridas, estaban cansadas de su larga marcha. Los víveres escaseaban. De resultas de una confusión, los fondos destinados al servicio del ejército en marcha habían sido enviados á Ancona, de modo que faltaba dinero para pagar al contado las compras. A estos contratiempos se añadían las más graves preocupaciones. En las colinas,

á otro lado del Musone, aparecían, á través de las crecientes brumas de la tarde, los fuegos de los campamentos piamonteses; y al acercarse la hora del encuentro ya indudable, notábanse en algunos batallones señales evidentes de desmoralización, de terror ó de indisciplina. ¿Qué iba á ser del combate si se propagaba aquella impresión? En cambio, era muy distinta la actitud de los que habían tomado las armas por una verdadera vocación militar ó por la defensa de su fe. Dirigiéndose á sus tiradores franco-belgas, el comandante Becdelievre les decía: «Señores, la jornada de mañana será reñida.» Y añadía familiarmente: «Os aconsejo que toméis vuestras últimas disposiciones para la eternidad (1).» La iglesia de Loreto estaba cerca, santificada por una piadosa leyenda cristiana, transmitida de generación en generación. Muchos recibieron en ella el perdón de sus faltas, y no fueron los menos valientes en el combate que se anunciaba.

El 18, á las ocho de la mañana, la columna del general Pimodán, compuesta de cuatro batallones y medio, se puso en marcha. Media hora después siguió el resto del ejército. Pimodán pasó el Musone, y, dejando luego á dos de sus batallones protegidos por los ribazos ó en los terrenos cubiertos de la orilla, llevó consigo á los carabineros suizos, al primer batallón de cazadores indígenas, á los tiradores franco-belgas, y los condujo al enemigo. A pesar de algunas señales de debilidad y tasta quizá algunas veleidades de traición, el principio del combate fué bastante afortunado. En las vertientes defendidas por los piamonteses se escalonaban las dos granjas Crocette y detrás aparecía un pequeño bosque. Los carabineros, apoyados por los tiradores y por algunas compañías de cazadores, subieron valerosamente á la colina y, después de empeñada lucha, ocuparon la primera granja. Al mismo tiempo vadearon el Musone algunas fuerzas de artillería con varias piezas que instaladas en el promontorio podían ser de gran utilidad. Dueños de la primera granja, los pontificios empezaron á atacar la segunda, situada á quinientos ó seiscientos metros, en la cúspide de la colina. Los tiradores se adelantaron á sus compañeros de armas; con admirable arrojo y á pesar de un fuego de mosquetería muy vivo, ganaron la altura; ya sólo se hallaban á unos ciento cincuenta metros de la cúspide, cuando el enemigo, redoblando sus esfuerzos, les obligó á retroceder. Pero, sintiéndose perseguidos de cerca, volvieron á hacer frente al enemigo y con una carga á la bayoneta ensancharon el círculo en torno suyo. Gracias á esta energía, llegaron otra vez á la primera granja, donde se instalaron muy disminuidos.

Hasta entonces nada había que estuviese irrevocablemente comprometido. Si uno ó dos batallones acudían en auxilio de las primeras columnas, podía renovarse el ataque, y tenidos á distancia los piamonteses por la ocupación de la segunda granja, el pequeño ejército, acercándose al litoral, lograría quizá llegar á Ancona. Lamoricieri, que había observado todas las fases de la lucha, prescribió á los dos batallones de la brigada Pimodán dejados á orillas del Musone que subiesen á su vez á los promontorios. Y como el encuentro resultase

(1) Comandante Becdelievre, *Souvenirs de l'armée pontificale*, pág. 72.—Carta de Mauricio de Bourg (*L'Ami de la religion*, 27 de septiembre de 1860).

más general de lo que debía serlo según el plan primitivo, los hizo reemplazar por el primero extranjero, destacado de su brigada de reserva. Finalmente hizo avanzar su caballería. Lo que había de determinar la victoria no hizo más que precipitar la derrota. Al trocarse el combate parcial en verdadera batalla, se vio lo que valían aquellos cuerpos, susceptibles de admirables esfuerzos individuales, pero demasiado inexpertos y de una diversidad de origen demasiado grande para una seria y larga acción general. El segundo batallón de cazadores volvió a bajar las vertientes con mayor rapidez que las había subido. El primero extranjero huyó a la desbandada al primer cañonazo. Los dragones dieron media vuelta. Los artilleros trataron al principio de llevar sus piezas, pero cortaron luego los tirantes de las caballerías y huyeron a campo traviesa.

Fué la derrota; sin embargo, hubo en ella gloriosos reflejos. En medio del pánico general, un batallón, el batallón austriaco del mayor Fuchmann, dió pruebas de notable firmeza. Los tiradores tuvieron a honra el sostener hasta el fin el buen nombre de Francia. Mezclados con algunos destacamentos fieles, se concentraron en torno de la primera granja que los piemonteses empezaban a estrechar de cerca. El general Pimodán había sido herido cuando recibió otra herida mortal. En aquel rincón de las Marcas pontificias se vio revivir en un fugitivo instante como un episodio de las guerras vandeanas. Era la misma raza del Oeste, robusta y fiel; eran los mismos nombres; el aliento que animara a los padres se había transmitido a los nietos; era la misma fe que defender, el mismo valor sin grande esperanza, el mismo desdén de contar al enemigo. Con un supremo esfuerzo, los franceses obligaron a sus adversarios a retroceder hasta el pequeño bosque, y estrechados de nuevo, prolongaron la resistencia mucho más allá de lo que reclamaban las más susceptibles exigencias del honor. Allí cayeron jóvenes e interesantes víctimas, muy dignas de ser tiernamente lloradas; y varios de los que aquel día se salvaron habían de encontrar más tarde la muerte en los campos de batalla de su país natal. Los piemonteses prendieron fuego a un montón de forraje y el fuego amenazó propagarse a la granja. Entonces unos se rindieron y los demás se retiraron a la orilla del Musone. Contaban veinticinco muertos y ciento veinte heridos. Los que habían salido ilesos se esforzaban en cubrir la retirada.

Pero ¿podía llamarse retirada lo que ocurría detrás? Italianos, suizos y austriacos habían repasado el Musone y se hacinaban en Loreto, donde reinaba un indescriptible desorden, y la exterminación hubiera sido completa si los piemonteses hubiesen continuado sin detenerse en su marcha victoriosa. Al mismo pueblo llegaron también, pero los últimos, los sobrevivientes de los tiradores franco-belgas, con parte de sus heridos, que fueron depositados en la iglesia de Loreto, donde varios habían comulgado por la mañana y expiraron por la noche. Los sardos rodearon el pueblo. El desconcierto general, la ausencia de mando, el gran número de los enemigos no permitían romper el cerco y nadie pensó hacerlo. Algunos se evadieron aisladamente, bien por la costa, bien pasándose al distrito de Ascoli: todos los demás quedaron hechos prisioneros, y al día siguiente se firmó la capitulación. Tal fué el combate que se lla-

mó de *Castelfidardo*, nombre de la aldea más próxima al lugar de la acción. La excusa de la derrota fué que el enemigo tenía, en grado abrumador, todas las superioridades, exceptuando la del derecho. El heroísmo de algunos disimuló la debilidad del mayor número.

¿Qué había sido de Lamoricière? Había visto con pena, quizá con más pena que sorpresa, la desbandada de aquellos que se había propuesto convertir en soldados. Con ayuda de sus voluntarios de caballería, se había esforzado en contener el pánico y en rehacer las filas detrás de los ribazos del Musone. La última correría le había llevado cerca de la granja en que aún resistían los franco-belgas. Allí había visto a Pimodán mortalmente herido y este último golpe lo anonadó. En la imposibilidad de impedir la huida, se había propuesto trazar al menos el camino a los fugitivos, haciéndoles ir por el litoral hacia Ancona. Nada había podido detener el movimiento desordenado que hacía retroceder a todos los cuerpos hacia Loreto. Lamoricière había tenido presente que estaba encargado no tan sólo del ejército allí reunido, sino que también de toda la defensa militar en el Estado pontificio. ¡Loreto! Era la capitulación inevitable. El único servicio que el general podía prestar ya, lo prestaría en Ancona. Reuniendo a unos tres ó cuatrocientos hombres, se lanzó por la carretera que conducía a esta ciudad. En el camino, la escasa tropa disminuyó todavía, pues habiendo aparecido algunos cazadores piemonteses delante de Umana, muchos pontificios fueron acorralados en el pueblo y depusieron las armas. Reducido a ochenta hombres de escolta, Lamoricière atravesó Umana y Sirola y por atajos se acercó a la ciudad. Así andando, más bien como fugitivo que como general, Lamoricière oyó el estampido del cañón: era la escuadra sarda que empezaba el ataque por mar. A las diez de la noche llegó a Ancona; entró en ella casi furtivamente y se fué al *hotel de la Paz*. A su paso, algunos soldados lo reconocieron y gritaron «¡Viva Lamoricière!» aclamación jovial que contrastaba con la amargura de la reciente derrota. Al gobernador, Sr. de Quatrebarbes, que no tardó en ir a verlo, le dijo estas simples palabras: «¡Ya no tengo ejército!» Y efectivamente, de toda la Umbría y las Marcas, Ancona era el único punto en que flotaba todavía la bandera pontificia.

¿Cuánto tiempo iba a flotar? Todo anunciaba ya una resistencia corta y precaria. Los sitiados (pues ya se les puede dar este nombre) disponían de una guarnición que no pasaría de cuatro mil hombres. Los recursos generales de la defensa se resentían de la premura con que había tenido que crearse ó refundirse todo. Las malas noticias iban a estimular el espíritu de crítica del paisanaje y a enervar un poco la disciplina entre los militares. Los agentes sardos, que eran numerosos en Ancona, pregonaban que Francia estaba de acuerdo con el Piemonte. A esto se añadían ciertas dificultades administrativas, fruto de la incuria de los contratistas ó de su connivencia con el enemigo. Todo lo que era debilidad para Lamoricière era fuerza para los sardos, que contaban con el número, el armamento y el prestigio de sus recientes victorias. Persano, que acababa de llegar con su escuadra, había lanzado ya sus primeras bombas sobre la ciudad, y por la parte de tierra, Fanti se acercaba con su ejército victorioso.

Durante los primeros días, Lamoricière trató de sostener a las tropas alimentando la esperanza de un auxilio exterior. En esto era sincero, pues no podía creer en la indiferencia de Europa. «Goyón debe haber llegado a Roma, decía a Quatrebarbes; debe haberse puesto en marcha hace dos días y pronto estará aquí.» El general en jefe además no se cansaba de comentar el despacho telegráfico del duque de Grammont al cónsul de Francia en Ancona: «Es imposible, repetía, que este despacho sea una astucia ó una mentira.» Había momentos en que Lamoricière confiaba en Austria, fundándose en ciertos mensajes recibidos de Trieste: «El archiduque Maximiliano manda la flota austriaca, decía; ésta debe desear con impaciencia tomar la revancha; mañana veremos el humo de sus vapores (1).» Los únicos que llegaron fueron los piemonteses victoriosos. El 23 aparecieron sus tiendas en todas las colinas inmediatas a la ciudad. El 24 empezaron sus operaciones, de modo que la plaza, doblemente atacada por tierra y por mar, perdió toda esperanza de salvación. Hubo algunos golpes afortunados, algunas destrucciones de aproches, algunos actos de soberbio valor personal. Pero ¿qué podían aquellos resultados parciales y precarios? La mayoría no contaba ya sino los días de resistencia que parecían necesarios para salvar el honor. Lamoricière adivinaba estos pensamientos y se sublevaba contra ellos: «Mientras se hallen intactos los muros y las fortalezas de la ciudad, no podemos hablar de rendirnos,» decía. Un día circuló el rumor de que el general Goyón se encontraba en Macerata, y esta fué la última de tan engañosas esperanzas. Mientras tanto, los sitiadores se acercaban cada vez más. El 28 la escuadra piemontesa organizó un ataque combinado contra las baterías llamadas del Muelle y de la Linterna: los artilleros pontificios defendieron los fuertes con una intrepidez ejemplar, pero a costa de pérdidas crueles, pues de ciento veinte que eran quedaron pronto reducidos a tan corto número que apenas podían servir dos piezas (2). En esto cayó un obús en un polvorín, produciendo una terrible explosión que destruyó todas las

obras de defensa de la entrada del puerto. Ante esta última desgracia, Lamoricière cedió, comprendiendo que «una resistencia más larga sería un suicidio.» Enarbolóse la bandera blanca y la escuadra cesó inmediatamente de hacer fuego. Por la parte de tierra el ataque continuó hasta el día siguiente, pues el primer parlamentario no había podido llegar hasta el general en jefe piemontés, y éste no había hecho caso de las señales. La capitulación fué concluida con las mismas condiciones que la de Loreto. La guarnición había de salir de la plaza con los honores de la guerra. Los oficiales iban a ser transportados por mar a Génova y los soldados enviados por tierra a Alejandría. Salvo decisión contraria del gobierno sardo, unos y otros podrían regresar libremente a su patria respectiva, con la condición de no servir durante un año contra el ejército real (3).

Después de la rendición de la ciudad, Lamoricière pasó a bordo de la fragata *Maria Adelaide*, donde fué recibido por el almirante Persano con todas las consideraciones debidas a su valor y a sus antiguos servicios militares. De allí fué conducido a Génova. Puesto luego en libertad, partió para Roma a fin de hacer entrega de su mando a Pío IX. El papa lo recibió con las demostraciones de la más conmovedora gratitud: «Os entrego, le dijo, la Orden del Cristo por el cual habéis combatido y que un día será, así lo espero, vuestra recompensa y la mía.» El general rehusó todo otro testimonio de agradecimiento, repitiendo con modesta altivez que no era más que un vencido. Regresó luego a Francia, donde le habían precedido los voluntarios de su ejército. Al mismo tiempo Cavour felicitaba a sus generales «por su espléndida victoria.» Tenía razón, si no por la gloria militar, que fué escasa, al menos por el provecho material, que era realmente envidiable. La Umbría y la Marca, como la Toscana, como las Romañas y como los Ducados, estaban dispuestas para la anexión. Además quedaba expedita la vía para el reino de Nápoles. Cavour podía ya, con toda libertad y según las circunstancias, apoyar a Garibaldi si éste corría algún riesgo, contenerlo si se emancipaba, y, de todas maneras, absorberlo.

(1) Quatrebarbes, *Souvenirs du siège d'Ancone*, pág. 194.

(2) Informe del general Lamoricière, pág. 52.

(3) *Gazetta ufficiale del regno*, n.º 234, 2 de octubre de 1860.